

CG35. Decreto 2

Un fuego que enciende otros fuegos Redescubrir nuestro carisma

Muchas llamas, un solo fuego: muchos relatos, una sola historia

1.- La Compañía de Jesús durante casi quinientos años ha portado una llama, en medio de innumerables circunstancias sociales y culturales, que la han desafiado intensamente a mantenerla viva y ardiendo. Hoy las cosas no son diferentes. En un mundo que abrumba a la gente con una multiplicidad de sensaciones, ideas e imágenes, la Compañía busca mantener viva la llama de su inspiración original, de manera que ofrezca luz y calor a nuestros contemporáneos. Y lo hace transmitiendo un relato que ha soportado la prueba del tiempo, a pesar de las imperfecciones de sus miembros e incluso de todo el cuerpo, gracias a la continua bondad de Dios, que nunca ha permitido que el fuego se extinga. Nuestra intención aquí es presentarla de nuevo como un relato vivo que, al entrar en contacto con las historias vitales de la gente de hoy, pueda darles sentido, aportando un haz de luz en nuestro mundo roto.

2.- Este relato continuado de la Compañía ha servido de fundamento, a lo largo de los siglos, para numerosas experiencias de unidad-en-multiplicidad. Nosotros jesuitas quedamos con frecuencia sorprendidos de que, a pesar de nuestros contextos y culturas diferentes, nos sentimos notablemente unidos. A través de un discernimiento orante, de diálogo franco y de conversaciones espirituales, una y otra vez hemos tenido el privilegio de conocernos como *uno* en el Señor¹: un cuerpo unido, apostólico, que busca lo mejor para el servicio de Dios en la Iglesia y para el mundo. Esta experiencia de gracia nos recuerda la experiencia narrada en la Deliberación de los Primeros Padres. Nuestros primeros compañeros, procedentes de lugares tan diferentes y a pesar de que se reconocían “débiles y frágiles”, encontraron juntos la voluntad de Dios en medio de tan gran diversidad de opinión². Su “decidida atención y vigilancia para iniciar un camino totalmente abierto” y el ofrecerse plenamente a él para la mayor gloria de Dios, les permitió encontrar la voluntad de Dios³. De este modo comenzaron una historia; encendieron un fuego que fue transmitido de generación en generación a todos aquellos que se encontraron con la Compañía, haciendo posible que las historias personales de generaciones se hayan integrado en el conjunto de la historia de la Compañía. Esta historia colectiva ha constituido el fundamento de su unidad; y en su centro estaba Jesucristo. A pesar de las diferencias, lo que nos une a los jesuitas es Cristo y el deseo de servirle: no hacemos sordos al llamamiento del Señor, sino prontos y diligentes para cumplir su santísima voluntad⁴. Él es la imagen única del Dios invisible⁵, capaz de revelarse en todas partes, y en una exacerbada cultura de imágenes, Él es la única imagen que nos une. Los jesuitas saben quiénes son mirándole a Él.

3.- Así pues, los jesuitas encontramos nuestra identidad no solos, sino en compañía: en compañía con el Señor, que llama, y en compañía con otros que comparten esa llamada. Su raíz hay que encontrarla en la experiencia de San Ignacio en La Storta. Allí, “puesto” con el Hijo de Dios cargando con la cruz, y llamado a servirle, Ignacio y los primeros compañeros respondieron ofreciéndose al Papa, Vicario de Cristo en la tierra, para el servicio de la fe. El Hijo, la imagen

¹ Cf. *Constituciones*, 671.

² *Deliberatio primorum Patrum* (1539), § 1 (MHSI 63, 2).

³ *Deliberatio primorum Patrum* (1539), § 1 (MHSI 63, 2).

⁴ *Ejercicios Espirituales*, 91.

⁵ 2 Cor 4, 4; Col 1, 15; Heb 1,3.

única de Dios, Cristo Jesús, los une y los envía por el mundo entero. Él es la imagen que está en el corazón mismo de la existencia de cada jesuita hoy día; y es esta imagen suya la que queremos comunicar a los demás lo mejor que podamos.

Ver y amar al mundo como lo hizo Jesús

4.- Para la vida y la misión de cada jesuita es fundamental esa experiencia que, sencillamente, le pone con Cristo en el corazón del mundo⁶. Esta experiencia no es sólo un cimiento que se colocó en el pasado y se olvida con el paso del tiempo; se mantiene viva y en progreso, se alimenta y se profundiza a través del día a día de la vida del jesuita en comunidad y en misión. Esta experiencia implica al mismo tiempo una conversión de y una conversión para San Ignacio, mientras se restablecía en su lecho de Loyola, comenzó una profunda peregrinación interior. Gradualmente vino a caer en la cuenta de que aquellas cosas en las cuales encontraba deleite no tenían ningún valor duradero, mientras que la respuesta a la invitación de Cristo llenaba su alma de paz y de un deseo de conocer mejor al Señor. Pero, como comprendería más tarde, este conocimiento sólo podía ganarse enfrentándose a la falsedad de los deseos que le habían movido. Fue en Manresa donde tuvo lugar esta confrontación. Allí el Señor, que le enseñaba como a un muchacho de escuela, suavemente le preparó para comprender que se podía ver el mundo de otra manera: libre de afectos desordenados⁷ y abierto a un amor ordenado de Dios y de todas las cosas en Dios. Esta experiencia forma parte del camino de cada jesuita.

5.- Estando en Manresa, Ignacio tuvo una experiencia junto al río Cardoner que abrió sus ojos de tal modo que “le parecían todas las cosas nuevas”⁸, porque comenzó a verlas con ojos nuevos⁹. La realidad se le hizo transparente, haciéndole capaz de ver a Dios que trabaja en lo profundo de la realidad e invitándole a “ayudar a las almas”. Esta nueva visión de la realidad condujo a Ignacio a buscar y hallar a Dios en todas las cosas.

6.- Este entendimiento que Ignacio recibió le enseñó una manera contemplativa de situarse en el mundo, de contemplar a Dios que actúa en lo hondo de la realidad, de gustar “la infinita suavidad y dulzura de la divinidad, del alma y de sus virtudes y de todo”¹⁰. Ya desde la contemplación de la Encarnación¹¹, queda claro que Ignacio no pretende endulzar o falsificar las realidades dolorosas. Más bien parte de ellas tal como son: pobreza, desplazamientos forzados, violencia entre las gentes, abandono, injusticia estructural, pecado; pero entonces señala cómo el Hijo de Dios nace dentro de esas realidades; y es aquí donde se encuentra dulzura. Gustar y ver a Dios en la realidad es un proceso. El mismo Ignacio tuvo que aprenderlo a través de muchas experiencias dolorosas. En La Storta recibió la gracia de ser puesto con el Hijo cargado con la cruz; de esta forma, tanto él como sus compañeros fueron introducidos en la forma de vida del Hijo, con sus gozos y sus sufrimientos.

7.- De modo semejante la Compañía hoy, al llevar a cabo su misión, experimenta la compañía del Señor y el desafío de la Cruz¹². El compromiso de “servicio de la fe y promoción de la

⁶ Cf. NC 246, 4º; 223, §§ 3-4.

⁷ *Ejercicios Espirituales*, 21.

⁸ Autobiografía 30.

⁹ Diego LAÍNEZ, *Carta sobre Padre Ignacio (1547)*, §10 (MHSI 66, 80).

¹⁰ *Ejercicios Espirituales*, 124.

¹¹ *Ejercicios Espirituales*, 101-109.

¹² *Ejercicios Espirituales*, 53.

justicia”¹³, de diálogo con las culturas y las religiones¹⁴, lleva a los jesuitas a situaciones límite donde encuentran energía y nueva vida, pero también angustia y muerte, donde “la Divinidad se esconde”¹⁵. La experiencia del Dios oculto no puede siempre esquivarse, pero incluso en lo profundo de la oscuridad cuando Dios parece oculto, puede brillar la luz transformadora de Dios. Dios actúa intensamente en este ocultamiento. Resucitando de las tumbas de la vida y de la historia personal, el Señor se aparece cuando menos lo esperamos, consolando personalmente como un amigo¹⁶ y como el centro de una comunidad fraterna y servidora¹⁷. De esta experiencia de Dios, que actúa en el corazón de la vida, surge siempre de nuevo nuestra identidad como “servidores de la misión de Cristo”¹⁸.

Nuestro “modo de proceder”

8.- Encontrar la vida divina en las profundidades de la realidad es una misión de esperanza confiada a los jesuitas. Recorremos de nuevo el camino que tomó Ignacio. Como en su experiencia, también en la experiencia, puesto que se abre un espacio de interioridad en el que Dios actúa en nosotros, podemos ver el mundo como un lugar donde Dios actúa y que está lleno de sus llamadas y de su presencia. Así nos adentramos con Cristo, que ofrece el agua viva¹⁹, en zonas del mundo áridas y sin vida. Nuestro modo de proceder es descubrir las huellas de Dios *en todas partes*, sabiendo que el Espíritu de Cristo está activo en todos los lugares y situaciones y en todas las actividades y mediaciones que intentan hacerle más presente en el mundo²⁰. Esta misión de intentar “sentir y gustar” la presencia y la acción de Dios en todas las personas y circunstancias del mundo nos coloca a los jesuitas en el centro de una tensión, que nos impulsa, al mismo tiempo, hacia Dios y hacia el mundo. Surgen así, para los jesuitas en misión, una serie de polaridades, típicamente ignacianas, que conjugan nuestro estar siempre enraizados firmemente en Dios y, al mismo tiempo, inmersos en el corazón del mundo.

9.- Ser y hacer, contemplación y acción, oración y vivir proféticamente, estar totalmente unidos a Cristo y completamente insertos en el mundo con Él como un cuerpo apostólico: todas estas polaridades marcan profundamente la vida de un jesuita y expresan a la vez su esencia y sus posibilidades²¹. Los Evangelios muestran a Jesús en relación profunda y amorosa con su Padre y, al mismo tiempo, completamente entregado a su misión en medio de los hombres y mujeres. Está continuamente en movimiento: desde Dios, para los demás. Este es también el modelo jesuita: con Cristo en misión, siempre contemplativos, siempre activos. Esa es la gracia, y también el desafío creativo, de nuestra vida religiosa apostólica, que debe vivir esta tensión entre oración y acción, mística y servicio.

10.- Tenemos que examinarnos críticamente para mantenernos siempre conscientes de la necesidad de vivir con fidelidad esta polaridad de oración y servicio²². Y no podemos abandonar esta polaridad creativa, puesto que caracteriza la esencia de nuestras vidas como contemplativos

¹³ CG 32, D. 2.

¹⁴ CG34, D. 2, nn. 19-21.

¹⁵ Ejercicios Espirituales, 196.

¹⁶ Ejercicios Espirituales, 224.

¹⁷ Mt 18, 20.

¹⁸ CG34, D. 2.

¹⁹ Cf. Jn 4, 10-15.

²⁰ Cf. Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 22; también CG 34, D. 6.

²¹ Cf. Peter-Hans KOLVENBACH, *Sobre la vida religiosa*, La Habana (Cuba): 1 de junio 2007, p. 1.

²² Cf. Peter-Hans KOLVENBACH, *Sobre la vida religiosa*, La Habana (Cuba), 1 de junio 2007, p. 3.

en la acción, compañeros de Cristo enviados al mundo²³. En aquello que hacemos en el mundo tiene que haber siempre una transparencia de Dios. Nuestras vidas deben provocar estas preguntas: “¿quién eres tú, que haces esas cosas... y que las haces de esa manera?”. Los jesuitas deben manifestar, especialmente en el mundo contemporáneo de ruido y estímulos incesantes, un fuerte sentido de lo sagrado, inseparablemente unido a una implicación activa en el mundo. Nuestro profundo amor a Dios y nuestra pasión por su mundo deberían hacernos arder, como un fuego que enciende otros fuegos. Porque, en último término, no hay ninguna realidad que sea sólo profana para aquellos que saben cómo mirar²⁴. Debemos comunicar esta forma de mirar y ofrecer una pedagogía, inspirada por los Ejercicios Espirituales, que lleve a otros a ello, especialmente a los jóvenes. Así llegarán a mirar el mundo como San Ignacio lo hizo, a medida que su vida se desarrollaba desde lo que había comprendido en el Cardoner hasta la futura fundación de la Compañía con su misión de llevar el mensaje de Cristo hasta los confines de la tierra. Esta misión, enraizada en su experiencia, continúa hoy día.

Una vida configurada por la visión de la Storta

11.- San Ignacio tuvo la experiencia más significativa para la fundación de la Compañía en la pequeña capilla de La Storta en su camino hacia Roma. En esta gracia mística vio claramente “que el Padre le ponía con Cristo, su Hijo”²⁵, como el mismo Ignacio había rogado con insistencia a María. En La Storta, el Padre ponía a Ignacio con su Hijo cargado con la cruz y Jesús lo aceptaba diciendo: “Quiero que tú nos sirvas”. Ignacio se sintió personalmente confirmado y sintió confirmado al grupo, en el plan que movía sus corazones de ponerse al servicio del Vicario de Cristo en la tierra. “Ignacio me dijo que Dios Padre imprimió estas palabras en su corazón: ‘Ego ero vobis Romae propitius’”²⁶. Pero esta afirmación no hizo que Ignacio soñara con caminos fáciles, puesto que dijo a sus compañeros que en Roma encontrarían “muchas contradicciones”²⁷, y que incluso podrían ser crucificados. Es del encuentro de Ignacio con el Señor en La Storta de donde nace la vida futura de servicio y misión de los compañeros con sus rasgos característicos: seguir a Cristo cargado con la Cruz, fidelidad a la Iglesia y al Vicario de Cristo en la tierra y vivir como amigos del Señor –y por eso amigos en el Señor– formando juntos un único cuerpo apostólico.

Siguiendo a Cristo

12.- Seguir a Cristo cargado con su Cruz significa abrimos con Él a todo tipo de sed que aflija hoy a la humanidad. Cristo mismo es alimento, la respuesta a toda hambre y a toda sed. Él es el pan de vida que, al saciar a los hambrientos, los congrega y los une²⁸. Él es el agua de vida,²⁹ el agua viva de la que habló a la mujer samaritana, en un diálogo que sorprendió a sus discípulos porque le condujo, como agua que corre libremente, más allá de las orillas de lo que es cultural y religiosamente habitual a un intercambio con una persona con quien, según sus costumbres, le estaba totalmente prohibido conversar. Al salir a su encuentro, Jesús se abrió a la

²³ CG 33; CG 34.

²⁴ Cf. Pierre TEILHARD DE CHARDIN, *El medio divino*. Madrid, Taurus, 1967 (original 1957), p. 55.

²⁵ *Autobiografía*, 96.

²⁶ Diego LAÍNEZ, *Adhortationes in librum Examinis (1559)* (MHSI 73, 133).

²⁷ *Autobiografía*, 97.

²⁸ Cfr. Mc 6, 31-44 par.

²⁹ Cfr. Jn 4, 7-15.

diferencia y a nuevos horizontes. Su ministerio trascendió las fronteras. Invitó a sus discípulos a ser conscientes de la acción de Dios en lugares y en personas que ellos se inclinaban a evitar: Zaqueo³⁰, la mujer sirfenicia³¹, los centuriones romanos³², un ladrón arrepentido³³. Como agua que da vida³⁴ a todo el que está sediento, se mostraba interesado por todas las zonas áridas del mundo; y, así, en cualquiera de esas zonas áridas, Él puede ser aceptado, ya que todos los sedientos pueden llegar a comprender lo que significa el agua viva. Esta imagen del agua viva puede dar vida a todos los jesuitas en tanto que servidores de Cristo en su misión, porque, habiendo gustado ellos mismos de esta agua, estaremos ansiosos de ofrecerla a todos los sedientos y de llegar así a gentes situadas más allá de las fronteras –donde quizás el agua no haya brotado todavía– para llevar una nueva cultura de diálogo a un mundo rico, diverso y polifacético.

13.- Seguir a Cristo cargado con su Cruz significa anunciar su Evangelio de esperanza a los innumerables pobres que habitan hoy nuestro mundo. Las muchas “pobrezas” del mundo representan los tipos de sed que, en último término, sólo puede aliviar quien es agua viva. Trabajar por su Reino significará frecuentemente salir al paso de necesidades materiales, pero siempre significará mucho más, porque la sed de los seres humanos tiene muchas dimensiones; y es a seres humanos a quienes se dirige la misión de Cristo. Fe y justicia; nunca una sin la otra. Los seres humanos necesitan alimento, cobijo, amor, relaciones, verdad, sentido, promesa, esperanza. Los seres humanos necesitan un futuro en el que puedan aferrarse a su plena dignidad; en realidad, necesitan un futuro absoluto, una “gran esperanza” que sobrepase toda esperanza particular³⁵. Todas estas cosas están presentes en el *corazón* de la misión de Cristo, la cual era siempre más que material, como se ve con particular claridad en su ministerio de curación. Al curar al leproso, Jesús lo devuelve a la comunidad, le da un sentido de pertenencia. Nuestra misión encuentra su inspiración en este ministerio de Jesús. Siguiendo a Jesús, nos sentimos llamados no sólo a llevar ayuda directa a la gente que sufre, sino también a restaurar a las personas en su integridad, reincorporándolas a la comunidad y reconciliándolas con Dios. Ello exige muchas veces un compromiso a largo plazo, ya sea en la educación de los jóvenes, en el acompañamiento espiritual de los Ejercicios, en el trabajo intelectual o en el servicio a los refugiados. Esta es la manera como intentamos ofrecernos totalmente a Dios, para su servicio, ayudados por la gracia y desplegando todas las competencias profesionales que tengamos.

14.- La manera de actuar del Hijo nos suministra el modelo como nosotros debemos actuar al servicio de su misión³⁶. Jesús predicó el Reino de Dios; en realidad, ese Reino se dio con su misma presencia³⁷. Y se mostró como alguien que ha venido al mundo, no para hacer su propia voluntad, sino la voluntad del Padre del cielo. Toda la vida de Jesús fue una *kenosis* y afrontó las situaciones por el olvido de sí mismo, buscando no ser servido, sino servir y dar su vida en rescate por muchos³⁸. De ese modo, encarnación y misterio pascual se despliegan en su modo de vida; y, al unírnos con Él, su modo de vida será también el nuestro. Como compañeros suyos en la misión, su camino es nuestro camino.

15.- Siguiendo este camino, los jesuitas confirmamos hoy todo lo que fue declarado en las tres

³⁰ Lc 19, 1-10.

³¹ Mc 7, 24-30.

³² Lc 7, 2-10; Mc 15, 39.

³³ Lc 23, 39-43.

³⁴ Cfr. Jn 7, 38.

³⁵ BENEDICTOXVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*(30 noviembre 2007), cf. números 4 y 35.

³⁶ *Ejercicios Espirituales*, 91-98.

³⁷ Cfr. Mt 12, 28; Lc 11, 20; 17, 21.

³⁸ Mc 10,45.

últimas Congregaciones Generales sobre la misión de la Compañía. El servicio de la fe y la promoción de la justicia, indisolublemente unidos, siguen estando en el corazón de nuestra misión. Esta opción cambió el rostro de la Compañía. La hacemos nuestra una vez más y recordamos con gratitud a nuestros mártires y a los pobres que nos han nutrido evangélicamente en nuestra propia identidad de seguidores de Jesús: “Nuestro servicio, especialmente el de los pobres, ha hecho más honda nuestra vida de fe; tanto individual como corporativamente”³⁹. Como seguidores de Cristo hoy, salimos también al encuentro de personas diferentes de nosotros en cultura y religión, conscientes de que el diálogo con ellas es también parte integrante de nuestro servicio de la misión de Cristo⁴⁰. En cualquier misión que realizamos, buscamos sólo estar donde Él nos envía. La gracia que recibimos como jesuitas es estar y caminar con Él, mirando al mundo con sus ojos, amándolo con su corazón y penetrando en sus profundidades con su compasión ilimitada.

En la Iglesia y para el mundo

16.- Reconociéndonos enviados con Jesús como compañeros consagrados a Él en pobreza, castidad y obediencia, a pesar de que somos pecadores, escuchamos atentamente las necesidades de la gente, a la que deseamos servir. Hemos sido escogidos para vivir como compañeros suyos en un único cuerpo gobernado por medio de la cuenta de conciencia y que se mantiene unido por la obediencia: hombres de y para la Iglesia bajo obediencia al Sumo Pontífice, a nuestro Padre General y a los superiores legítimamente designados⁴¹. En todo esto, nuestro objetivo es estar siempre dispuestos para el bien más universal, buscando siempre el *magis*, lo que es verdaderamente mejor, para la mayor gloria de Dios⁴². Es esta disponibilidad para la misión universal de la Iglesia lo que marca a nuestra Compañía de una manera particular, da sentido a nuestro voto especial de obediencia al Papa y hace de nosotros un único cuerpo apostólico dedicado a servir, en la Iglesia, a los hombres y mujeres en cualquier lugar.

17.- Es sobre todo en la obediencia donde la Compañía de Jesús debería ser distinta de otras familias religiosas. Basta recordar la carta de San Ignacio, en la que escribe: “En otras religiones podemos sufrir que nos hagan ventaja en ayunos y vigiliias, y otras asperezas que, según su instituto, cada una santamente observa; pero en la puridad y perfección de la obediencia, con la resignación verdadera de nuestras voluntades y abnegación de nuestros juicios, mucho deseo, hermanos carísimos, que se señalen los que en esta Compañía sirven a Dios nuestros Señor”⁴³. Es en la obediencia del *Suscipe* donde San Ignacio se fijó a la hora de subrayar lo que daba a la Compañía su distintivo diferente.

Como una comunidad religiosa apostólica

18.- Junto con la obediencia, los votos de pobreza y castidad de los jesuitas nos permiten ser configurados en la Iglesia a imagen del mismo Jesús⁴⁴: ellos expresan además de forma clara y visible nuestra disponibilidad a la llamada del Señor. Esta disponibilidad se expresa de formas

³⁹ CG 34, D. 2, n. 1

⁴⁰ CG 34, D. 2.

⁴¹ Cf. *Ejercicios Espirituales*, 352-370.

⁴² Cf. *Ejercicios Espirituales*, 23; *Constituciones*, 622.

⁴³ *Carta a los Jesuitas de Portugal (26 marzo 1553)*, § 2 (MHSI 29, 671).

⁴⁴ 2 Cor 3,18.

muy variadas, según la vocación particular de cada uno. Así, la Compañía se ve enriquecida y bendecida con la presencia de hermanos, coadjutores espirituales y padres profesos, los cuales, todos juntos, como compañeros en una familia –animada en particular por la presencia de los compañeros en formación– son servidores de la misión de Cristo según las gracias otorgadas a cada uno⁴⁵. De ese modo, los jesuitas vivimos nuestra vida consagrada en respuesta a gracias diferentes. Nosotros actuamos como ministros sacramentalmente en el corazón de la Iglesia, celebramos la Eucaristía y los demás sacramentos y predicamos fielmente la palabra de Dios. Llevamos esa palabra hasta los confines de la tierra, buscando compartir su riqueza con gentes de todas partes.

19.- La diferenciación de funciones y ministerios de los jesuitas encuentra su complemento necesario en una vida de compañeros, vivida en comunidad. Nuestra vida en común atestigua nuestra amistad en el Señor, un compartir unidos la fe y la existencia, sobre todo en la celebración de la Eucaristía. Seguir a Jesús en común apunta a la experiencia de los discípulos *caminando* con su Señor. La identidad del jesuita y la misión del jesuita están enlazadas por la comunidad; efectivamente, identidad, comunidad y misión son una especie de tríptico que arroja luz para entender del mejor modo posible nuestra condición de compañeros. Y esta condición pone de relieve cómo personas con distintos antecedentes y diferentes talentos pueden vivir juntas como verdaderos “amigos en el Señor.” La identidad jesuita es relacional; crece en, y a través de, nuestra diversidad de culturas, nacionalidades y lenguas, enriqueciéndonos y desafiándonos. Se trata de un proceso que iniciamos al entrar en la Compañía y en el que crecemos día a día. En la medida en que lo hacemos así, nuestra vida comunitaria puede llegar a ser atrayente para la gente, invitando, sobre todo a los jóvenes, a “venir y ver”⁴⁶, a unirse a nosotros en esta vocación, a ser con nosotros servidores de la misión de Cristo. Nada más deseable y más urgente hoy día, puesto que el corazón de Cristo arde en amor por este mundo, con todos sus problemas, y busca compañeros que puedan servirlo con Él.

Un nuevo contexto – Hacia nuevas fronteras

20.- Servir a la misión de Cristo hoy implica prestar especial atención a su contexto *global*. Este contexto requiere de nosotros actuar como un cuerpo universal con una misión universal, constatando, al mismo tiempo, la radical diversidad de nuestras situaciones. Buscamos servir a los demás en todo el mundo, como una comunidad de dimensiones mundiales y, simultáneamente, como una red de comunidades locales. Nuestra misión de fe y justicia, de diálogo de religiones y culturas, ha alcanzado dimensiones que no permiten ya concebir al mundo como un conjunto de entidades separadas: debemos verlo como un todo unificado donde todos dependemos unos de otros. Globalización, tecnología y problemas medioambientales han desafiado nuestras fronteras tradicionales y han reforzado nuestra conciencia de que tenemos una responsabilidad común del bienestar del mundo entero y su desarrollo de una manera sostenible y generadora de vida⁴⁷.

21.- Las culturas consumistas actuales no fomentan la pasión y el celo, sino más bien la adicción y la compulsión. Están pidiendo resistencia. Será necesaria e inevitable una respuesta compasiva a estas formas de malestar cultural, si hemos de compartir la vida de nuestros contemporáneos. En circunstancias tan cambiantes se ha hecho imperativa nuestra responsabilidad como jesuitas de colaborar a múltiples niveles. Así, nuestras provincias deben

⁴⁵ *Constituciones*, 511.

⁴⁶ Jn 1,39.

⁴⁷ Cf. *Globalización y marginación*, Roma, Secretariado de Justicia Social, febrero 2006, pp. 16-17.

trabajar cada vez más juntas. Igualmente debemos trabajar con los demás: religiosos y religiosas de otras comunidades; laicos; miembros de movimientos eclesiales; personas que comparten nuestros valores pero no nuestras creencias; en una palabra: todas las personas de buena voluntad.

22.- Dios ha creado un mundo con diversidad de habitantes, y eso es bueno. La creación expresa la rica belleza de este mundo amable: personas que trabajan, ríen, prosperan juntas⁴⁸, son signos de que Dios está vivo entre nosotros. Sin embargo, la diversidad se convierte en problemática cuando las diferencias entre las personas se viven de tal manera que unos pocos prosperan a expensas de otros que son excluidos, de modo que hay gentes que luchan, se matan unos a otros resueltos a destruirse⁴⁹. Entonces Dios sufre en Cristo en y con el mundo, y quiere renovarlo. Aquí es precisamente donde se sitúa nuestra misión. Y es aquí donde tenemos que discernirla siguiendo los criterios del *magis*⁵⁰ y del bien más universal⁵¹. Dios está presente en las tinieblas de la vida decidido a hacer nuevas todas las cosas. Y necesita colaboradores en esta empresa: gente cuya gracia consiste en ser recibidos debajo de la bandera de su Hijo⁵². Nos esperan las "naciones", más allá de definiciones geográficas, "naciones" que hoy incluyen a los pobres y desplazados, a los que están aislados y profundamente solos, a los que ignoran la existencia de Dios y a los que usan a Dios como un instrumento para fines políticos. Hay nuevas "naciones" y hemos sido enviados a ellas⁵³.

23.- Recordando al Padre Jerónimo Nadal, podemos afirmar con él: "El mundo es nuestra casa"⁵⁴. Como decía recientemente el Padre Kolvenbach: "un monasterio estable no nos sirve, porque nosotros hemos recibido el mundo entero para hablarles de la buena noticia... no nos encerramos en un claustro, sino que permanecemos en el mundo entre la multitud de hombres y mujeres que el Señor ama, puesto que están en el mundo"⁵⁵. Todos los hombres y mujeres nos preocupan de cara al *diálogo* y a la *proclamación*, porque nuestra misión es la misma que la de la Iglesia: descubrir a Jesucristo en los lugares donde hasta ahora no lo hemos descubierto y revelarlo donde nunca antes se le vio. En otras palabras, buscamos "encontrar a Dios en todas las cosas", siguiendo lo que San Ignacio nos propone en la "Contemplación para alcanzar amor"⁵⁶. El mundo entero se transforma en objeto de nuestro interés y de nuestros desvelos.

24.- Así pues, a medida que cambia el mundo, cambia también el *contexto* de nuestra misión; y las nuevas fronteras nos envían señales que requieren nuestra respuesta. Por ello nos sumergimos más profundamente en ese diálogo con religiones que nos podrían enseñar que el Espíritu Santo está actuando en todo este mundo que Dios ama. Nos volvemos también a la "frontera" de la tierra, cada vez más degradada y saqueada. También aquí, con pasión por la justicia medioambiental, hallaremos al Espíritu de Dios que busca liberar a esta creación dolorida que nos pide espacio para vivir y respirar.

⁴⁸ Cf. *Ejercicios Espirituales*, 106.

⁴⁹ Cf. *Ejercicios Espirituales*, 108.

⁵⁰ Cf. *Ejercicios Espirituales*, 97.

⁵¹ *Constituciones*, 622.

⁵² Cf. *Ejercicios Espirituales*, 147.

⁵³ Adolfo NICOLÁS, *Homilía en el día después de su elección como Superior General de la Compañía de Jesús*, Iglesia del Gesù, Roma, 20 de enero 2008.

⁵⁴ Jerónimo NADAL, *13ª Exhortatio Complutensis (Alcalá, 1561)*, § 256 (MHSI 90, 469-470).

⁵⁵ Homilía *Regimini Militantis Ecclesiae*, al celebrar, el 27 de septiembre 2007, el aniversario de la aprobación de la Compañía de Jesús.

⁵⁶ Cf. *Ejercicios Espirituales*, 230-237.

Ite, inflammate omnia

25.- Cuentan las crónicas que, cuando San Ignacio envió a San Francisco Javier al Oriente, le dijo: “Id, inflamad todas las cosas”. Con el nacimiento de la Compañía de Jesús, un fuego nuevo se encendió en un mundo en transformación. Se inició una forma novedosa de vida religiosa, no por industria humana, sino como una iniciativa divina. El fuego que entonces se prendió continúa ardiendo hoy en nuestra vida de jesuitas, “un fuego que enciende otros fuegos”, como se dice sobre San Alberto Hurtado. Con ese fuego, somos llamados a inflamar todas las cosas con el amor de Dios⁵⁷.

26.- Hoy se plantean nuevos retos a esta vocación. Vivimos nuestra identidad como compañeros de Jesús en un contexto en el que múltiples imágenes, las innumerables caras de una cultura fragmentada, compiten buscando nuestra atención. Se introducen en nosotros, echan raíces en la fértil tierra de nuestros deseos naturales, y nos llenan de sensaciones que bullen en nuestro interior y se apoderan de nuestros sentimientos y decisiones sin que nos demos cuenta. Pero conocemos y proclamamos una imagen, Jesucristo, que es verdadera imagen de Dios y verdadera imagen de la humanidad, el cual, cuando lo contemplamos, se hace carne en nosotros, sanando nuestras rupturas internas, y reconstruyéndonos como personas, como comunidades, y como un cuerpo apostólico consagrado a la misión de Cristo.

27.- Para vivir esta misión en nuestro mundo roto necesitamos comunidades fraternas y gozosas en las que alimentemos y expresemos con gran intensidad la única pasión que puede unificar nuestras diferencias y dar vida a nuestra creatividad. Esta pasión crece con cada nueva experiencia del Señor, cuya imaginación y amor por nuestro mundo son inagotables. Este amor nos invita a “la participación en la misión del enviado del Padre en el Espíritu, mediante el servicio siempre en superación, por amor, con todas las variantes de la cruz, a imitación y en seguimiento de ese Jesús que quiere reconducir a todos los hombres y toda la creación a la gloria del Padre”⁵⁸.

⁵⁷ Lc 12, 49.

⁵⁸ Pedro ARRUPE, “Inspiración trinitaria del carisma ignaciano”, § 79, *AR* 18 (1980-1983) 101.